

Medio	EL MERCURIO CUERPO E
Fecha	14/08/2016
Mención	¿Cuáles son los mejores memorialistas chilenos? Habla Hugo Bello, académico Facultad de Filosofía y Humanidades UAH.

Carlos Morla Lynch, autor de "El año del Centenario" y otros libros de memorias.

Benedito Chazqui (1895-1970), autor de "Memorias de un emigrante", publicado en 1942.

José Miguel Varela, protagonista de "Un veterano de tres guerras", editado por Guillermo Fariña.

El compositor José Zapata, autor de "Recuerdos de treinta años".

Vicente Pérez Rosales, autor de "Recuerdos del pasado" (1882), libro que han conmovido varias generaciones de lectores.

TRADICIÓN ESCRITURAL De Vicente Pérez Rosales a Jorge Edwards

¿Cuáles son los mejores MEMORIALISTAS CHILENOS?

Contestan escritores, académicos de literatura e historiadores. "Recuerdos del pasado", de Pérez Rosales, y "Cuando era muchacho", de José Santos González Vera, encabezan las preferencias cuando se pregunta acerca de los mejores exponentes del género en nuestro país.

José Santos González Vera, autor de "Cuando era muchacho" (1951), obra mencionada por Armando Uribe y Rafael Gurmicio.

“**M**ás me hubiera valido pasar de largo, pues nunca me imaginé que a mi llegada a Chile, lo primero que había de llamar mi atención fuese ¡un patíbulo!”, así recuerda Vicente Pérez Rosales su llegada a Curicó el 7 de abril de 1837, proveniente de la provincia argentina de San Luis. “Observé con horror que la gente se agrupaba, mustia y silenciosa, al frente de tres banquillos que, custodiados por algunos granaderos, iban a servir en aquel instante de funesto y último asiento en la vida a otros tantos distinguidos caballeros que un implacable y brutal consejo de guerra había condenado el día anterior a ser pasados por las armas”.

¿Homicidas? ¿Cuatreros? No. Se trataba de Manuel Barros, Faustino Valenzuela y Manuel José Arriagada, acusados de participar en un conato revolucionario contra el gobierno de José Joaquín Prieto y su todopoderoso ministro Diego Portales.

Este es el pasaje que cita como ejemplo de la capacidad que tiene Pérez Rosales para iluminar la historia nacional, a través de pequeños incidentes, el profesor de literatura Leonidas Morales, de la Universidad de Chile. Morales es uno de los mayores expertos en memorialistas locales y editor del “Diario íntimo” de Luis Oyarzún.

“Hay memorias que se dejan leer con más gusto que otras —afirma—. Siempre celebro, a pesar de que son ya centenarias, “Recuerdos del pasado”. Hay una cantidad enorme de memorias que utilizas porque te entregan información, pero estas todavía se pueden leer como si fueran buena literatura. El autor es más relajado, narra lo que ve, dice lo que piensa y surge así una prosa muy grata”.

También Armando Uribe, conocido lector y escritor de memorias, cita en primer lugar la obra del aventurero que buscó oro en California y fue nom-

brado Agente de la Colonización del Sur en 1850. Lo mismo piensa Rafael Gumucio. “Evidentemente es el mejor de todos y, además, uno de los mejores libros chilenos en todas las categorías”, dice el autor de “Memorias prematuras”. Cristián Gzmuri coincide en que la obra de Pérez Rosales es insoslayable. “Cada vez que lo vuelvo a leer o consultar, encuentro el libro mejor”, afirma el historiador de la Universidad Católica.

“Una de las más notables memorias del siglo XIX”, opina también Guillermo Parvex, editor del *best seller* “Un veterano de tres guerras”. “En ellas, Pérez Rosales entrega en primera persona su testimonio, que sin embargo excede los límites del personalismo y adquiere dimensiones históricas”, constata Parvex.

Para el historiador Joaquín Fernandois, de la Universidad Católica, la obra reúne varias esferas de la vida (“el recuerdo histórico, la política, la geografía, el viaje, cuando viajar constituía un hecho extraordinario”) y destaca su “prosa decidora

del carácter del autor, un hombre con fortaleza interior y dispensador de seguridad”.

Memorias de escritores

Entre los memorialistas del siglo XX, el nombre que alcanza mayor consenso es el de José Santos González Vera y su libro “Cuando era muchacho” (1951). Tanto Uribe como Gumucio lo ponen en el segundo lugar de sus preferencias. “Sus textos son todos memorias noveladas, o novelizaciones de la memoria”, explica el profesor de literatura Hugo Bello, de la Universidad Alberto Hurtado. “Es un prosista escueto y selectivo, que invita a la lectura por esa sequedad del lenguaje. Desprecia adjetivos muertos o descripciones, redundancias y párrafos dramáticos. Es un ejemplo estilístico de circunspección. Un narrador que no se parece a nadie”.

Leonidas Morales lo considera un libro de gran importancia, al igual que “Memorias de un tolstoyano”, de Fernando Santiván. “Ambos contienen detalles que iluminan no solo un momento histórico, sino también la ideología de los anarquistas y su moral abierta, pero nunca excedida”.

Al mismo período que describe “Cuando era muchacho” —incluso se pueden comparar en ambos textos episodios como el asalto a la Federación de Estudiantes, en 1920— pertenece el libro de memorias que está entre los favoritos de Armando Uribe y el que más le gusta a Rafael Gumucio: “La tiranía en Chile” (1938), de Carlos Vicuña Fuentes, reeditado por Lom en 2002. “Es un enorme panfleto contra Ibáñez y la clase alta chilena. También me parece un gran libro suyo ‘En las prisiones políticas de Chile’ (1932)”, dice Gumucio.

De aquí en adelante, las preferencias se dispersan. Entre los escritores que publicaron memorias,

Hugo Bello destaca “Confieso que he vivido”, de Pablo Neruda. “El título parece de una vanidad infantil. Sin embargo, es un interesante ejercicio el que hace Neruda, pues lo muestra más como novelista: crea un yo que es sin duda el héroe de sus fantasías. Es tanto así que se concluye la lectura con la convicción de que es un mitómano que se acerca a Baudelaire y explica el yo poético de muchos de sus mejores poemas”.

Roberto Merino propone “Los círculos morados”, de Jorge Edwards. “Estuve tentado de poner en este lugar ‘Conjeturas sobre la memoria de mi tribu’, de José Donoso. Ambos libros se complementan al margen de las intenciones de sus autores. El de Edwards conserva los conflictos y cierto sesgo psicológico de memorialistas anteriores —Martina Barros de Orrego, por ejemplo—, pero con la huella diferenciadora del existencialismo, del psicoanálisis, de la conciencia de la propia escritura. En las memorias de Edwards hay personajes complejos, introspección profunda y ramalazos epifánicos”.

Del mismo autor, Joaquín Ferandois añade “Persona non grata” (1973) y “Adiós, poeta...” (1990). Los describe como “textos literarios, históricos y políticos en uno solo, con gran atmósfera de momento, a mi juicio lo mejor del autor. Nadie que quiera comprender de verdad a Fidel Castro y a Pablo Neruda los puede ignorar”.

¿Pero cuáles son los límites del género? Gumucio se pregunta si las crónicas de Joaquín Edwards Bello no constituyen unas memorias dispersas, al igual que las de Roberto Merino, y si las novelas de Germán Marín que protagoniza él mismo no son también memorias. De seguir este camino, se podrían acoger las novelas de Manuel Rojas —quien además escribió libros explícitamente autobiográficos, como “Imágenes de infancia”— y obras de estatus dudoso como “Niño de lluvia”, de Benjamín Subercaseaux, “uno de los libros más pulcros y desconocidos, ignorados y mal comprendidos de la literatura chilena”, según Hugo Bello.

Lo mismo sucede con “Pretérito imperfecto”, de Alone (1976). A juicio de Ferandois, “uno de los mejores títulos de memorias que hay, aunque no son memorias en sentido convencional. Una prosa que produce placer leerla y contiene un sustrato de verdad que hay que explorar, que no se da con facilidad”. Ferandois valora la experiencia cultural chilena del siglo XX que emerge desde sus páginas.

Llama la atención que falten en las menciones, pese al interés que alguna vez despertaron, los diarios de Lily Itzig, Teresa Wilms Montt y la prolífica Inés Echeverría (Iris). Tampoco figura "Memorias de una mujer irreverente" (1962), de Marta Vergara. La única persona encuestada que allega escritos de mujeres es la historiadora Alejandra Araya, responsable del Archivo Andrés Bello de la Universidad de Chile: "La relación autobiográfica", de sor Úrsula Suárez, y "Visiones de infancia", de María Flora Yáñez. El primero, a juicio de Araya, "es un texto fundamental no ingresado en el canon, que impugna los géneros y las nociones de autoría y autor". Datado a principios del siglo XVIII y redescubierto a fines del XX, fue mandado "escribir por su confesor".

"Úrsula Suárez, constreñida por las condiciones de producción de escritura para una mujer del siglo XVII y en tanto monja, reconstruye su vida como parte del examen de conciencia, pero los hitos que escoge para realizarlo, los perfiles que traza de las personas significativas de su vida, así como las imágenes que ofrece de su sociedad desde su memoria como niña, son sorprendentes. Dan cuenta de una vida inesperada para el lugar común en que situamos a las mujeres religiosas y hace estallar los referentes que tenemos de un mundo aparentemente sin movimiento", dice Alejandra Araya.

Respecto de María Flora Yáñez —hermana de Juan Emar—, la investigadora destaca su punto de vista y la reconstrucción de la infancia: "La ausencia de dulzura de ese mundo, y las relaciones entre madre e hija son notables. La genealogía de mujeres que escriben y leen, y su incidencia en la configuración de la propia historia deben ingresar en el repertorio de los 'memorialistas chilenos'; esto es, romper con la lectura masculina de lo que es una memoria, lo significativo e importante".

sión única y con mucho detalle de la vida en Santiago entre 1810 y 1840", dice. Ya en el siglo XX destaca las "Memorias" de Gabriel González Videla (1975): "Son un importante aporte para entender la historia no solo de Chile, sino que internacional, del primer período de la Segunda Guerra Mundial en Europa, donde el autor se desempeñaba como diplomático. Son dos volúmenes y, pese a su extensión, muy amenos. En lo que respecta a Chile, nos aportan una completa visión de su quehacer como político y como Presidente, insertando sus vivencias en un contexto bastante objetivo".

Si de memorias diplomáticas se trata, hay que mencionar las de Abraham König, publicadas en 1927 —entre las preferidas de Armando Uribe—, y "El año del Centenario", "quizás las mejores de ese

gran memorialista que fue Carlos Morla Lynch", según Cristián Gazmuri. "Escrito con agudeza y mucha penetración del lugar y el momento, por un hombre que ciertamente lo conoció bien", dice. Pero sus favoritas son otras: "Las mejores que he leído son las 'Memorias de un emigrante', de Benedicto Chuaqui. Interesantes, entretenidas, llenas de humor, pintan un mundo que no era el del chileno común, sino de una cultura insertándose en otra. Son finas y con dosis de malicia y bondad".

Próceres y marginales

De acuerdo a Leonidas Morales, la abundancia de memorias en Chile evidencia la historia de un país muy institucionalizado. "Es una invitación implícita a escritores y políticos a hablar de sí mismos, pero como figuras protagónicas de algún acontecimiento o período. Veo muy conectada esta sobreproducción de memorias con la sobreproducción de historiadores".

Dentro de esta línea de figuras públicas se insertan obras "más bien lateras", dice Morales, como "Recuerdos literarios" (1878), de José Victorino Lastarria, quien "se construye a sí mismo como una instancia de autoridad o de saber, y eso fastidia", según afirma. Pese a estas aprensiones, Hugo Bello tiene una singular visión del libro. "Por un interés académico, la composición de sus partes está hecha a partir de sus recuerdos, pero siempre refrendados —como si él mismo no creyese en su palabra— por documentos, leyes, discursos, clases, artículos de diario. El resultado es una suerte de *patchwork* textual, que se asemeja mucho a 'Facundo', de Sarmiento. De esas majamamas discursivas es que viene la literatura latinoamericana, y no de Petrarca o Dante", asegura.

Esta opinión es similar a la de Gumucio, buen lector del "Facundo" (1845), libro que propone incorporar entre las memorias chilenas, por cuanto buena parte de él fue escrito en nuestro país.

Otras de las figuras destacadas de esos años es el compositor José Zapiola Cortés, uno de los memorialistas predilectos de Guillermo Parvex. "Con su obra 'Recuerdos de treinta años' entrega una vi-

Roberto Merino es un admirador del libro "Arenas del Mapocho", de Ricardo Puelma, publicado en 1941. "Puelma entrega una mirada poco habitual en el memorialismo chileno, la del fracasado, la del hombre que ha llegado al final de su vida 'hecho una ruina física y económica'. Es la visión por el revés de la trama social a cargo de un ciudadano casi anónimo, que escribe con la vitalidad del desengaño y de la amargura. No se trata, no obstante, de un libro sombrío. Recuerdo de él muchas escenas hilarantes por lo absurdas", dice el cronista.

Aunque reticente al principio, Merino se sumó a los miles de lectores que ha alcanzado "Un veterano de tres guerras", de José Miguel Varela (editado por Guillermo Parvex). "Fue tal el asombro que produjo este libro —admite Merino— que por un momento uno pensó que se trataba de un ardid literario, de un autor inventado por otro autor. Pero al parecer José Miguel Varela existió realmente y nos dejó un registro maravilloso del 'tono de la vida' del siglo XIX y de comienzos del XX. Nunca había tenido una experiencia tan cercana a sumergirse en el pasado local de una manera tan abismante y real. Varela —que fue testigo de momentos históricos decisivos— escribe principalmente en base a su curiosidad infinita sobre las cosas que constituyen el mundo o la vida".

Ya sea que se trate de escritos literarios o de tema político, pertenecientes a grandes figuras históricas o a testigos anónimos de su tiempo, las memorias ofrecen uno de los campos más fértiles para la escritura nacional. Incluso algunos las consideran el género en el que los chilenos más se han destacado. "Aquí éramos buenos para las memorias, lo que nunca hemos sido muy buenos es para la novela", dice provocadoramente Rafael Gumucio.



El ex presidente Gabriel González Videla publicó sus "Memorias" en 1975.

Pablo Neruda, autor de "Confieso que he vivido" (1974).

Jorge Edwards, autor de "Persona non grata" (1973) y "Los círculos morados" (2012).

María Flora Yáñez (junto a su hija), autora de "Visiones de infancia" (1947).

Carlos Vicuña Fuentes escribió "La tiranía en Chile" durante su destierro en 1928.

Leonidas Morales relaciona, en Chile, la "sobreprducción de memorias con la sobreprducción de historiadores".

El canon de Alone... y Alfonso Calderón

Hernán Díaz Arrieta publicó, en 1960, el libro "Memorialistas chilenos", su canon personal del género, en el que antologa pasajes de sus autores más apreciados. Dedicó la sección inicial —un panorama de conjunto— a "Prisioneros, desterrados y perseguidos". Alone incluye en ella a Francisco Núñez de Pineda y Bascañán ("Cautiverio feliz"), Juan Egaña ("El chileno consolado en los presidios"), Carlos Vicuña y María Carolina Geel ("Cárcel de mujeres"). El resto del libro presenta, separadamente, fragmentos más o menos extensos de Martiniano Poblete, Darío Ovalle

Castillo, Aurelio Núñez Morgado, Ramón Subercaseaux Vicuña, Crescente Errázuriz, Abdón Cifuentes, Augusto Orrego Luco, Luis Montt, Francisco R. Undurraga, Armando Donoso, Ricardo Cox Méndez, Fanor Velasco, Emilio Rodríguez Mendoza, Samuel A. Lillo, Alberto Ried Silva, Juan Urzúa, Jorge Délano (Coke) y René Montero, además de otros nombres habituales. Muchas de estas memorias son de gran calidad, como testimonio de una época o como buena literatura, pero permanecen sin reeditarse hace muchos años. Un desa-

fío para la industria editorial es rescatar algunos de estos títulos, o incluso el mismo libro de Alone. En la bibliografía, el crítico inscribe, además de los autores mencionados, a muchos otros que no antologa en el libro, como Leonidas Bravo ("Lo que supo un Auditor de Guerra"), Óscar Castro ("La vida simplemente"), Ernesto Würth ("Ibáñez, caudillo enigmático") y José Miguel Carrera ("Diario militar"). En la Biblioteca Nicanor Parra, de la Universidad Diego Portales, se conserva un ejemplar de "Memorialistas chilenos"

que perteneció a Alfonso Calderón, quien agregó a la lista, con letra menuda y angulosa, ocho títulos: "Historia de mi vida", de María Flora Yáñez; "Diario íntimo", de Luis Oyarzún; "Memorias de un hombre de teatro", de Antonio Acevedo Hernández; "Diez años en Araucanía", de Gustavo Verniory; "Reminiscencias", de Julio Subercaseaux Browne, y las memorias de Iris, Ignacio Domeyko y Luis Orrego Luco. Curioso el caso de este último, cuya obra "Recuerdos del tiempo viejo" no fue mencionada por ningún encuestado.



Hernán Díaz Arrieta, autor de "Memorialistas chilenos" (1960).